

# No logro quedarme callada

María Margarita Arenas

Image not found.

Capítulo 1 Ahora a escribir, creo que al iniciar este blog estoy pasando por el temido miedo escénico, el miedo a la página en blanco. O será que a mi musa no le gusta la lluvia y decidió no venir hoy por acá?

Pues nada, como dirían los españoles, este es solo el saludo de mi blog y ya mañana si la musa lo permite, empezaré a hacer lo que más me gusta, bueno el acto público que más me gusta, que es escribir.

## Capítulo 2

Primero el frío la necesidad de sacarlos rápidamente, luego un poco de dolor, bueno tal vez dolor no es la mejor palabra, una sensación incómoda, cercana a eso, y la voluntad de dejarlos ahí, un hormigueo, mejor un cosquilleo y se hace un poco más soportable, entonces el organismo se acostumbra y la mente deja de fijarse en eso para dedicarse a divagar. Frente a mí el bosque con árboles danzando al ritmo del viento, entonando sus "ues" de película de miedo, ¿es en realidad un bosque? No se parece a la imagen de bosque de los libros de pinos ordenados con sus copas parejas y los troncos desnudos produciendo ramas, todas de la misma altura, no, no es un bosque cuadrulado y simétrico, es una fiesta de vegetación desigual, troncos gruesos abrazados por otros reptantes y parásitos, barbas de San José que se descuelgan a destiempo, arbolitos desnutridos de pocas hojas, otros gigantes que se adivinan por la sombra inmensa que producen, arbustos tupidos, algunos espinosos, hojas cubriendo el suelo tan disimiles como sus donantes unas rojizas otras verdes muchas amarillas, un temblor, a pesar del algodón el viento me llega a la piel y me recuerda los pies que ya casi no siento, entonces los miro como para estar segura de que aun están ahí, el brillo del sol haciendo colores sobre el agua y mis piernas pálidas por la distorsión, mis dedos cortos y redondos, las uñas burdas donde se termina la delicadeza de cada uno, más abajo las piedras, tan resignadas a esa vida de dejar pasar, solo están ahí, solo permanecen, acariciadas por el agua cristalina o mugrienta, por jabón o sangre y ellas allí calladas, impávidas, aterradoramente impávidas, tan cantos, tan rodadas, entonces pienso en mí, en mi vida de dejar pasar, tan resignada, tan impávida, tan canto, tan rodada.

Capítulo 3 Bogotana si, y de pura cepa, me crié con el "chirriado" de mis tías, el "hedor" y su conjugación "hiede" el "tres" y el "tris" con un extraño sonido como a ch en medio de la "t" y la "r", la diferenciación marcada de mi mamá entre la "y" y la "ll" que sonaría como /yuca/ con la y sonora y /iuvia/ para el lluvia, el "¿que qué ala?" y "chinita querida" de las profesoras del colegio. Términos muy cachacos que cuando pequeña me daban risa y que ahora creo que habría sido rico perpetuar.

De las bogotanas que me pasan hay muchas que también le pasan a los demás, no estoy sola en mi ignorancia. Alguna vez en un tour cerca a Escocia, vi emocionada un grupo de vacas blanco con negro pastando en un potrero –ivacas bogotanas!- le dije emocionada a mi compañero de silla, un paisa que muy tierno me contestó –no seas bruta, son vacas holstein y son inglesas- lo que él no sabía es que son holandesas.

Leí hace poco un artículo de un bogotano que se sorprendió al encontrarse en plenas ruinas Incas a un copetón, el pequeño pajarito café que vemos desde pequeños en nuestros jardines y que ése bogotano pensó que era exclusivo de nuestra ciudad. He notado con tristeza que cada vez hay menos copetones rondando por los jardines, y recuerdo un par de anécdotas de mi niñez relacionadas con estos simpáticos amiguitos. La primera ocurrió un día que el chillido angustiado de un par de copetones llamó nuestra atención, algo ocurría se movían desesperados por el techo de la casa, entonces escuchamos un leve piar que salía de la canal de aguas lluvias (iuvias diría mi mamá) entonces entendimos que la cría de los pajaritos había caído por la canal quedando atrapada al final del tubo. Vi cómo mis hermanos inventaban

estrategias para sacarlo mientras yo lloraba desconsolada, desbarataron varios ganchos de ropa que en esa época eran un simple alambre dulce con forma de gancho de ropa, los unieron haciendo un círculo al final con la esperanza de alcanzar el pajarito y poder sacarlo, pero la distancia de más de dos metros, del techo al codo en que debía estar el polluelo no ayudaban, inventaron otras estrategias, hasta pensaron en romper el metal, pero el chillido era cada vez más débil. Finalmente decidieron, ya sin esperanza, suspender el rescate. Lloré un par de días más imaginando al pobre pajarito y viendo a los papás rondando alrededor del lugar.

La otra fue una de esas cosas extrañas que pueden ser casualidad pero que se quedan grabadas en la mente. El techo de la entrada de mi casa era compartido con el de la entrada de la casa vecina, una tarde, al llegar del colegio vi un copetón caminando por la viga que comunicaba las dos puertas. En la noche la vecina nos timbró, estaba muy preocupada porque su esposo no llegaba, había llamado a la oficina, a los amigos y nadie sabía nada de él. Mientras nos contaba yo veía que a pesar de la hora el pajarito seguía ahí, caminando de un lado al otro, mi mamá la acompañó hasta tarde y el copetón permanecía en su lugar. Ya en la mañana, muy temprano mi mamá pasó a preguntar si sabían algo y la vecina llorando le contó que lo habían encontrado muerto, en circunstancias extrañas. El copetón ya no estaba. Siempre me pregunté si el pajarito no sería de alguna manera el mensajero de este hombre que no pudo despedirse de su familia.

Mi primo que era bastante fan de los animales se encontró un copetón caído del nido y lo crió dándole todas las libertades posibles, lo recuerdo yendo a mi

casa de visita con el pajarito en el hombro, recuerdo que volaba, exploraba y al silbar mi primo, volvía al hombro protector; yo misma tuve uno que encontré abandonado muy pequeño, con motas blancas en lugar de plumas y le di de comer arroz en pedacitos y gotas de agua que tomaba con su pico de mi uña, durante el día a pesar de tener granos servidos no comía esperándome y cuando ya volaba de un lado al otro en mi alcoba, lo regresé al lugar en el que lo había encontrado.

Definitivamente me gustan estos pajaritos que para tantas personas pasan desapercibidos, y espero seguirlos viendo picoteando migas por ahí, que sigan siendo representantes de esta ciudad que quiero y que espero pueda avanzar, a pesar de tanto político, para entonces, mis chatos, poder verla más chirriada.